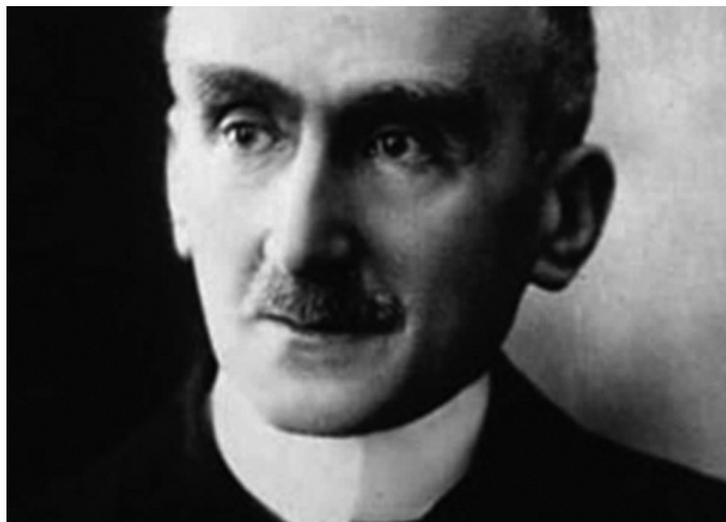
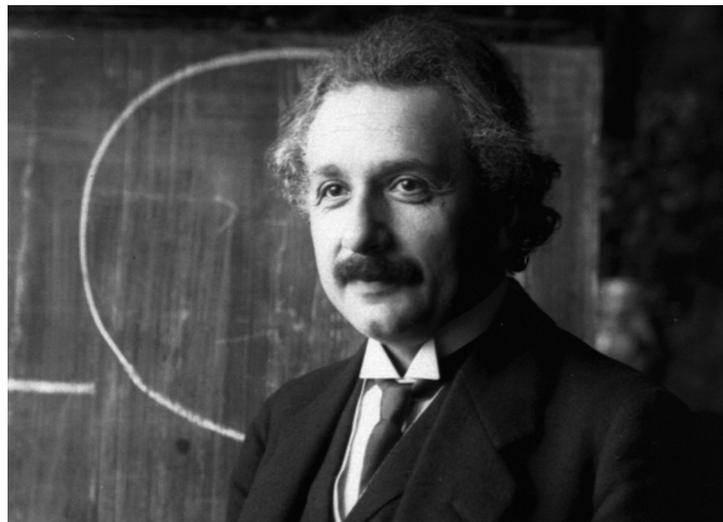


La epopeya de la clausura ¿El depósito de lo eterno?

Christopher Domínguez Michael



Henri Bergson



Albert Einstein

Para escribir un ensayo sobre José Vasconcelos en el que no diga lo que ya he dicho una vez más, me puse a estudiar a su filósofo de cabecera, Henri Bergson. Leí lo que pude en desorden: Thibaudet, Jankélévitch, Deleuze, Benda. La teoría del tiempo y la duración, que yo conocía de oídas, me pareció prodigiosa de leer. Cito uno de mis subrayados de la edición prologada por García Morente de la *Introducción a la metafísica*. Dice Bergson:

Cualquiera que haya ensayado con éxito la composición literaria, sabe que, cuando el tema ha sido largamente estudiado, todos los documentos recogidos, todas las notas tomadas, es necesario, para comenzar el verdadero trabajo de composición, algo más, un esfuerzo, a menudo penoso, para colocarse de golpe en el corazón mismo del tema y para buscar, lo más profundamente posible, un impulso, al que, después de todo, habrá que dejarse ir. Ese impulso, una vez recibido, lanza al espíritu por un camino donde encuentra los datos que había recogido y otros detalles más; se desarrolla, se

analiza a sí mismo en términos cuya enumeración sería infinita...

Mi ignorancia de Bergson, al menos, puede acogerse en un comentario de Jacques Monod, quien en 1970 se preguntaba intrigado qué demonios le había pasado a la popularidad del único filósofo ganador del Premio Nobel de Literatura, lectura de preparatorianos antes de la Segunda Guerra Mundial y después de ésta convertido en antigualla. Bergson no está en la Pléiade y apenas en 2006 empezó a aparecer en Francia una edición crítica, la primera, de sus obras. Y una vez ratificada mi ignorancia como hija de mi tiempo, leo los panfletos (1926) de Benda contra Bergson, su bestia negra. Dijo mi admirado Julien Benda que Bergson es un filósofo para señoras mundanas y para literatos. “Pues eso soy, literato y mundano”, me digo satisfecho y aprovecho un viaje a París para comprarme mis bergsones. A las burlas de mi otro yo, en el tenor de “Mira que venir a descubrir a Bergson a los casi cincuenta años y en la segunda década del XXI”, le respondo: “¿Qué tiene de

malo? ¿No es acaso la filosofía el depósito de lo eterno? ¿Qué más da descubrir a Aristóteles en el siglo XIII o en el XXV?”.

Sin dejarme intimidar, seguí bordando con mi nuevo hilo negro hasta que buscando otra cosa (siempre estoy buscando otra cosa), me topo con *Einstein. Notas de lectura* (FCE, 2009), el librito que hicieron Carlos Chimal y Gerardo Herrera Corral, rescatando un folleto que Alfonso Reyes hizo imprimir en sólo cincuenta ejemplares, para hacer circular entre los amigos sus averiguaciones y al que los editores le agregaron tres notas einsteinianas rescatadas de las *Obras completas*.

Así que no nos hemos movido mucho: de Vasconcelos a Reyes, que hacen esquina en la colonia Condesa, motivo del célebre “Diálogo de los muertos” (1979) de JEP, que acabo de releer. En fin, del *Einstein*, de Reyes, saco lecciones inmediatas, no sobre el físico alemán, sino sobre Reyes (de su *Einstein* algo se me habrá pegado), me descubro otra vez ante la claridad y el cariño con que decide —solamente— hacer legibles sus notas de lectura sobre un

asunto —Einstein— que con el paso de tiempo corto habría concitado el ejército de tantos divulgadores, excelentes, malos y regulares que le hubieran ahorrado el empeño a don Alfonso, quien aprovechó el lapso que le dejó una misión diplomática en el Brasil para ocuparse de Einstein, en el año de 1938. No estaba obligado por nada ni nadie para hacer su librito y, sin embargo, lo hizo.

Mientras disfruto a Reyes y admiro su religiosidad (¿de qué otra forma llamar a su oficio?) voy y consulto, para otra cosa, *Imposturas intelectuales* (1998), el libro de Alain Sokal y Jean Bricmont que arremetió contra los filósofos llamados posmodernistas y su uso embaucador y farsante de la ciencia. Descubro, con pena, que dedican un capítulo al pobre Bergson, a quien acusan de haber dado comienzo con ese mal cientificismo en filosofía. Parece que no hu-

bo manera de hacerle entender al filósofo francés la teoría de la relatividad, empresa pedagógica en la que participó el mismo Einstein. Crucifican a Bergson con una cita de Bertrand Russell donde dice que éste prefiriere los malos razonamientos a los buenos, declara irresolubles las dificultades momentáneas y considera cualquier fracaso del intelecto un error tonto. Luego Sokal y Bricmont le perdonan la vida a Bergson: cuando supo su causa perdida, retiró del mercado *Duración y simultaneidad*, pues escribía (a diferencia de los Deleuze, los Lacan, las Kristeva) para ilustrar al público y no para abrumarlo. Pero el golpe está dado: Bergson no estuvo, dicen, a la altura de la ciencia de su tiempo.

Vuelvo a Reyes y destaco la absoluta falta de ínfulas en su *Einstein*. Sonríe y me quiero ir a la cama beatífico cuando se aparece mi otro yo (que es similar al Vasconcelos que

regaña a Reyes en el inventario de JEP) y mi otro yo se pone flamígero: “Por hacer esas cosas, como publicar un folleto con sus notas de lectura sobre Einstein, Reyes se ganó el apodo de ‘el tontito’ que le pusieron Bioy Casares y Borges. Bergson y todos los filósofos, quizá despreciables y deshonestos a quienes ponen en su lugar Sokal y Bricmont, tuvieron el arrojo de pensar el mundo y si se equivocaron en grande es porque lo apostaron todo. Al pensamiento lo crean los ambiciosos como Bergson y no los escoliastas como Reyes. ¿Para qué sirve ese *Einstein!* ¡No sirve para nada, es inocuo! Es otra cortesía, de las muchas inútiles y zonas cortesías que ofreció don Alfonso!”.

En vano trato de argumentarle a mi otro yo que Reyes nunca se pretendió filósofo y hago la alabanza de los divulgadores y de su papel civilizatorio. Pero mi otro yo está muy enojado y yo también acabo por estarlo. **u**

